

OPINIÓN

Para volver a cre(c)er

Matías Concha
Consejero de la SOFOFA

En un momento en que nuestro país necesita imperiosamente crecer, es meritorio que todas las candidaturas con opciones de alcanzar la presidencia, desde izquierda a derecha, compartan el diagnóstico de que es fundamental promover el crecimiento. Este hecho es probablemente uno de los cambios más importantes en la percepción de la opinión pública en los últimos tres años y a pesar de que todos los estudios destacan la convergencia en este punto, la pregunta es cómo bajarlo para que este anhelo no se quede en un discurso y pueda ser comprendido por todos.

Antes que nada, debe haber una valoración por aquellos que, luego de un esfuerzo o planteamiento de un camino determinado, logran salir de la pérdida y generan utilidades. Si queremos promover el crecimiento que genere bienestar, la utilidad no puede ser vista como una eterna fuente de captura, sino como una resultante de un desafío de valor para la sociedad que debe ser promovida en muchos ámbitos. En el mundo no ha habido y no habrá un solo ejemplo de un país que haya alcanzado el desarrollo sin una gran oleada de personas que, mediante condiciones para promover la inversión, configuraron las empresas que canalizaron sus sueños, desarrollos, encadenamientos y soluciones que configuran una real mejora en el nivel de vida de las personas.

De acuerdo con la última encuesta de Critería, Gestión Social y UAI de "Valor Productivo", que mide la confianza de las industrias chilenas, se llega a la conclusión de que existe una alta disociación entre la valoración de una elite santiaguina con las afinidades de una mirada regional. En concreto, en materia de empleo, aporte local, innovación productiva, ambiental y aporte al país, desde regiones se valora mucho más a las industrias exportadoras (cobre, litio, frutícola, salmoneo o forestal) que una elite que, trastocando su orgullo valora intervenir, lo cual afecta importantemente la base de confianza fundamental para promover el crecimiento.

Finalmente, Chile debe tomar conciencia del rol que ejercen sus iniciativas en materia de cambio

EDITORIAL

Un aeropuerto que no resiste más

La consecuencia no es solo la incomodidad de miles de pasajeros. Está en juego la competitividad regional, la capacidad de atraer turismo, la logística del comercio y la conexión básica de nuestros habitantes con el resto del país.

El reciente diagnóstico sobre el aeródromo La Florida de La Serena, presentado por la propia industria aérea y confirmado por el gobernador regional Cristóbal Juliá, no deja espacio para dudas: el principal terminal de la Región de Coquimbo está al borde del colapso.

El aumento explosivo de pasajeros —un 51% más de asientos que en 2019— ha desbordado una infraestructura diseñada para otra escala y otro tiempo. Los problemas se repiten a diario: cierres a las 23:00 horas que generan vuelos desviados, máquinas de seguridad insuficientes, operaciones limitadas por la falta de sistemas modernos de aterrizaje y una capacidad general que ya no soporta la creciente demanda.

La consecuencia no es solo la incomodidad de miles de pasajeros. Está en juego la competitividad regional, la capacidad de atraer turismo, la logística del comercio y la conexión

básica de nuestros habitantes con el resto del país. Un aeropuerto ineficiente no solo resta calidad de vida: hipoteca el futuro económico de la región.

La mesa público-privada anunciada por el Gobierno Regional es un primer paso, pero no basta con diagnósticos ni con paliativos temporales. La Región de Coquimbo requiere con urgencia medidas inmediatas para mejorar la operación de La Florida y, en paralelo, avanzar en un proyecto estructural que garantice un aeropuerto moderno, seguro y con proyección internacional, como la alternativa de Tongoy.

Este no es un capricho localista. El Norte Chico necesita infraestructura acorde a su crecimiento y a su potencial. No podemos seguir dependiendo de un terminal que se quedó pequeño hace años. La conectividad aérea no es un lujo: es una condición de desarrollo.

climático y ecología. Los recientes ejemplos de los tiempos de desarrollo de proyectos 'permisológicos' de Chile en relación con otros países de la región (Arauco y CMPC en Brasil) unido a la creciente oposición a varios proyectos emblemáticos nos lleva a la conclusión que hay una percepción errada del rol y beneficio de contar con empresas referentes desarrollando proyectos en nuestro país en este momento. Chile es irrelevante en el problema del cambio climático, pero el encadenamiento productivo y logístico del cobre, tierras raras, hidrógeno, forestal, pesquero, salmoneo y otros nos coloca en una posición determinante para ser parte fundamental de la solución global.

Si bien no existe mejor política pública que el crecimiento y en política hay transversalidad sobre su importancia, la clave es poder entender cómo en Chile en este momento es mejor promover el crecimiento y cómo alinearlos con la mejora en la calidad de vida

de las personas. Los países que se desarrollaron en el pasado con abundantes recursos naturales como Australia, Canadá, Nueva Zelanda o Noruega no lo hicieron culpabilizándose de su origen extractivista o mediante una imposición de cambiar su modelo productivo o naturaleza, sino activando la confianza por medio de sentirse orgullosos de su identidad o vocación productiva, entendiendo su efecto en el mundo entero. Que el crecimiento no se convierta en un discurso de campaña sin un pie a tierra, sino en la mayor oportunidad para activar las confianzas de Chile con sus regiones. En ese contexto, esta tecla bien tocada y manteniendo el fundamental rol del sector privado, como motor de la vocación productiva, puede convertirse en la mayor fuente de motivación de una nueva generación que quiere volver a crear y crecer, dando respuestas a los grandes desafíos en donde Chile es determinante para mover la aguja.